

El complot de Las Flores

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Raquel Cané

loqueleq

Era peor de lo que había imaginado. Claro que yo sabía que veníamos a un pueblo chico, pero no esperaba algo tan mínimo. Tan insignificante. Tan nada.

—Horroroso —dictaminó Leonardo con la cara pegada a la ventanilla cuando el ómnibus tomó la calle central.

Mamá nos hizo callar.

—Escuchen —dijo—. Me parece que hay música.

A lo lejos, sonaba una trompeta. Pero solo después de que el ómnibus se detuvo y la nube de polvo se disolvió vimos a la banda: cuatro hombres vestidos con unos ridículos sacos verdes que, evidentemente, les quedaban chicos. Se veían un poco viejos y bastante panzones, pero lograban sacar de sus instrumentos una música aceptable, aun con el viento aullando en contra. Junto a ellos había una mujer que con una mano sostenía un

ramo de flores y con la otra intentaba evitar que se le volara el vestido. Y al lado, agitando su mano, mi papá.

Leonardo soltó un suspiro exagerado y dijo, en ese tono irónico que no había abandonado en todo el viaje:

—Una banda de pueblo. Parecen del siglo pasado.

6 Mamá le pegó un codazo y sonrió en dirección a la única pasajera que había llegado con nosotros hasta el final de ese largo camino.

—¿Qué se festeja? —le preguntó mientras todos nos preparábamos para bajar.

La mujer pareció sorprendida.

—A ustedes. ¿No son los Herrera, acaso?

—¿Cómo sabe?

—¿Cómo no voy a saberlo? —Sonrió—. Que alguien venga a vivir a este pueblo es un verdadero acontecimiento. No se habló de otro tema en el último mes.

—No lo puedo creer —susurró mi hermano mientras avanzábamos por el pasillo del ómnibus—. Esto sí que no lo puedo creer.

Las puertas se abrieron y cuando nos disponíamos a bajar los dos sentimos la presión de las

manos de mamá en la espalda. Nos dimos vuelta y encontramos su mirada, una típica mirada de madre nerviosa.

—Ya saben. —Fue todo lo que dijo.

Sí, sabíamos lo que ella quería que supiéramos: que teníamos que sonreír, agradecer a esa gente la amabilidad de ir a recibirnos y, sobre todo, callarnos lo que pensábamos sobre vivir en Las Flores.

7

—No te preocupes —la tranquilicé—. Nunca se nos ocurriría ser sinceros.

—Nunca —repitió mi hermano antes de esbozar esa sonrisa falsa que no dejó caer ni por un segundo durante la presentación de los abrumadoramente amables habitantes de Las Flores.

Aunque yo intento disimular, me siento casi tan mal como Leonardo. Es que nada de lo que sucedió en los últimos meses fue fácil. En agosto, a mi papá, que es médico, lo echaron del trabajo. Vino un día con una cara fatal, mezcla de sorpresa, pena y bronca, y contó que la clínica tenía problemas económicos y había decidido reducir el personal. Si hubiera sido en otro momento, le oímos

decir mil veces, habría sido fácil conseguir un nuevo trabajo. Pero en medio de la crisis...

8 La crisis. La palabra se venía oyendo con frecuencia en Argentina, aunque nunca como en los últimos meses. Vimos varios cambios de presidente y miles de personas que salieron a la calle a protestar, golpeando cacerolas y cucharas. Pero para mí nada mostraba tan bien la crisis como ver a mi papá cada día después de revisar todos los avisos de trabajo y comprobar que no había nada para él. Inquieto, malhumorado, ansioso, llegó a inventarnos enfermedades para poder curarnos. Un día, después de soportar que le auscultara el pecho, le revisara la garganta, comprobara sus reflejos y analizara detenidamente el blanco de sus ojos, y todo por un simple resfrío, mi hermano le gritó:

—¡Lo que vos necesitás es un paciente!

Era cierto. Necesitaba con desesperación un paciente. O muchos. Los últimos meses habíamos estado viviendo, ajustadamente, del escaso sueldo que obtenía mi mamá en sus clases particulares de Matemáticas. Pero se sabe cómo es eso: en diciembre llegan las vacaciones y se acaba. ¿Y qué íbamos a hacer?

Así estaban las cosas el día que papá entró y dijo que le habían ofrecido un trabajo. Yo grité y corrí a abrazarlo.

—¿De verdad?

—Sí —sonrió—, un trabajo de médico.

Sentí que algo no estaba del todo bien. Su sonrisa era distante, como si quisiera esquivar mi mirada.

—Es un poco lejos —explicó—. Tendríamos que mudarnos.

—¿Mudarnos? —la sonrisa de mi mamá también empezaba a desvanecerse—. ¿Adónde?

—Al sur —dijo papá—. A la Patagonia. Es un pueblo que se llama Las Flores. Me dijeron que el paisaje es maravilloso.

De a poco, fue soltando los detalles. Dijo que en Las Flores no había hospital. Apenas un puesto sanitario, con un médico y una enfermera. El último se acababa de jubilar, a los setenta y ocho años, cuando su pulso ya no le permitía siquiera enyesar a los chicos que se fracturaban jugando al fútbol. De modo que necesitaban otro: le ofrecían el cargo a papá por un año, con posibilidades de renovarlo si todo andaba bien. Era un pueblo chico, aclaró, muy chico.

—¿Cuánto? —quiso saber mamá.

—No más de quinientos habitantes.

10 Recién entonces empezamos a entender de qué se trataba el asunto. Las Flores queda a setenta kilómetros de una ciudad importante, San Marcos, pero solo los primeros veinte están asfaltados. Y el camino es malo. Peor: es horrible. En invierno, cuando nieva copiosamente, el pueblo queda aislado. En primavera, cuando llueve mucho, también. No hay cines ni teatros ni discotecas. Por suerte, aclaró papá, hay escuelas. Dos.

A mi hermano la cara se le había puesto ligeramente verdosa, como si estuviera a punto de descomponerse.

—¿Hay videojuegos? —preguntó en pleno ataque de pánico.

—No me dijeron —respondió cauteloso papá—, pero francamente lo dudo.

El labio superior de Leo temblaba cuando agregó en un hilo de voz:

—¿Y conexión a internet?

Papá ni siquiera le contestó.

No hubo demasiado tiempo para pensarlo, porque en Las Flores querían una respuesta de

inmediato. De modo que aún no nos habíamos acostumbrado a la idea cuando papá ya estaba haciendo las valijas. Empezaba diciembre y tenía que viajar enseguida. Nosotros nos quedamos unos días más, hasta terminar las clases y entregar la casa. Fue un tiempo en el que Leonardo se la pasó diciendo a quien se cruzara en su camino que nos íbamos a vivir a un lugar terrible.

11

—Sin hospitales ni cines ni teatros ni discotecas ni videojuegos ni internet ni nada —repetía—. Es un lugar que no existe. Seguramente están todos muertos y nadie se dio cuenta.

Yo traté de no contagiarme de su desánimo, aunque no fue fácil despedirme de los amigos ni dejar la casa donde habíamos vivido siempre para que la ocuparan otras personas. Intenté convencerlo de que aquello podía ser el comienzo de una aventura apasionante. Pero, a sus once años, Leonardo ya desarrolló un cinismo preocupante.

—¿Aventura en Las Flores? —dijo—. Más bien va a ser un milagro si logramos no morir de aburrimiento. Sí, vamos a morir —insistió—, nos enterrarán en Las Flores y nadie se va a enterar.

Partimos en la madrugada de un viernes. El viaje desde Buenos Aires hasta San Marcos nos llevó un día entero. Ya estábamos llegando a la ciudad cuando el ómnibus tomó una curva y frente a nosotros apareció un increíble lago rodeado por montañas. Me acordé entonces de la frase que había escrito mi papá en una de sus cartas: “El paisaje es tan espectacular que te corta el aliento”. Sacudí a Leo para que mirara. Tal vez, le dije, después de todo no esté tan mal vivir acá.

—¿Qué...? —me contestó bostezando—. ¿Pensás pasarte un año mirando el paisaje?

Tuve que reconocer que algo de razón tenía. Sobre todo, cuando siguieron dos horas de tortura hasta llegar a Las Flores, en las que el ómnibus saltó con cada piedra del camino y el polvo entró a raudales por las ventanillas y por todos nuestros poros.

Y ahora estábamos allí, frente a esos extraños hombres de chaquetas verdes y trompetas gastadas que nos daban la bienvenida y a la mujer de vestido naranja que soltó sus flores en las manos de mi mamá antes de proclamar que el pueblo estaba feliz, absolutamente feliz, de recibirnos.

Yo dije unas veinte veces que me llamo Mara, que tengo catorce años y que sí, que estoy contenta de estar acá. Todavía faltaba que llegaran corriendo el intendente y la directora de la escuela con bombones de regalo, y todos estamparan sonoros besos en nuestras mejillas cubiertas de polvo, mientras yo pensaba que todo aquello resultaba un poco exagerado. Será que, como dijo mi papá, no tengo ni idea de lo que sucede en este pueblo.

Diario del grupo de rescate

21 de enero de 2002

Hoy se realizó la primera reunión del Grupo de Rescate de Las Flores. Yo, Ángeles Espinoza, decidí llevar un diario de los acontecimientos de aquí en adelante. Consideré que, si triunfamos, esta será la crónica de nuestra hazaña, una crónica que dejaremos a las futuras generaciones de este pueblo. Y si fracasamos, será el testimonio de que hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para evitar la muerte de Las Flores.

15

Las reuniones tendrán lugar siempre en la sala azul del club. Es un poco chica, pero, como está apartada del bar y el billar, nos mantiene lejos del ruido y los curiosos. No es que estas reuniones sean secretas, pero creemos que por ahora es mejor mantener cierta reserva sobre nuestra actividad, para evitar interferencias. También acordamos que el grupo no incorporará nuevos miembros. Ya es bastante

difícil tomar decisiones sin pelearnos así como estamos. Los siete integrantes somos los siguientes:

Luis Verdú: intendente del pueblo.

María Rosa Sánchez: esposa de Luis y directora de la escuela primaria.

16

Santiago Rueda: carpintero, herrero y escultor. Como ahora tiene poco trabajo, también hace reparaciones a domicilio si alguien lo llama. Es español, aunque lleva viviendo aquí más tiempo del que puede recordar.

Marta Faldutti: dueña de Arco Iris, tienda de ropa para mujeres y niñas. Se especializa en suéteres tejidos por ella misma.

Leticia Fernández: profesora de Matemáticas y Física en la escuela secundaria. También da clases de piano, cuando consigue alumnos.

Horacio Stern: marido de Leticia. ex empleado de la maderera. Desde que está desocupado trabaja con la camioneta haciendo traslados o mudanzas.

Ángeles Espinoza (o sea, yo): especialista en repostería. Dueña de la casa de comidas El Lago (ex hostería El Lago). Escritora *amateur* (es decir, nunca publiqué nada, pero tengo varios cuadernos completos con poemas, cuentos y una incipiente novela).

Sería bueno explicar por qué somos nosotros y no otros los integrantes del Grupo, habiendo mucha gente más en el pueblo. Pero, en verdad, no estoy segura. O tal vez sí: somos quienes alguna vez expresamos temores, dudas, una cierta preocupación por lo que iba a pasar. Los que advertimos que las cosas estaban yendo mal y que, si no hacíamos algo, irían peor. Luis fue quien nos convocó. Para hablar, dijo, para discutir el futuro.

Hoy fue el primero en tomar la palabra. Había llevado una libreta donde tenía prolijamente anotados todos los datos actuales de Las Flores. Dijo muchas cosas. Para empezar: que, como todos sabíamos, el pueblo había llegado a tener en épocas de gloria más de mil ochocientos habitantes, pero que, según el censo elaborado por él mismo, en 1999 la población era de mil treinta y siete personas. Que un año después, en diciembre de 2000, se

había reducido a setecientos ochenta y dos. Y que este año en Las Flores éramos apenas trescientas noventa y ocho, pero eso esta semana, porque el martes próximo se van los Rosso (padre, madre y dos hijos), con lo cual seríamos trescientas noventa y cuatro. Lo que era, prácticamente, una catástrofe. No que se fueran los Rosso, sino la situación general. Según Luis, hemos ingresado de lleno en la categoría de “pueblo en peligro de extinción”. Es decir que, si no se revierte el proceso actual de fuga, Las Flores dejará de existir.

—¿Eso qué significa exactamente? —quiso saber Santiago.

—Que se muere. Que va a terminar vacío, como ya pasó en otros lugares. Hay cuatrocientos pueblos en estas condiciones en el país: la gente se va yendo hasta que no son más que una cáscara, un conjunto de edificios desocupados y cubiertos por el polvo. Les dicen “pueblos fantasmas”. Como Manzanares.

—¿Como Manzanares? —dijo espantada Marta—. No, Luis, eso no nos puede pasar a nosotros. ¿Por qué va a pasarnos una cosa así?

Entonces el intendente hizo un análisis de las causas. Que en realidad ya todos las conocíamos, pero

insistió. Empezó con el fin del ferrocarril, aunque eso pasó hace ya un montón de años. Pero, según él, las consecuencias de que el tren no pase más por nuestro pueblo continúan sintiéndose hoy en día. Después siguió con los cierres de las dos madereras, una en 2000 y otra, seis meses atrás, que habían dejado sin trabajo a numerosos florenses (yo siempre uso esta palabra, aunque algunos prefieren decir “floridos”).

19

También se refirió al problema del camino: dijo que en el último año, con la crisis, la Municipalidad de San Marcos había dejado de mandar la cuadrilla para mantenerlo más o menos transitable. Y que si antes ya llegaban pocos turistas, ahora, con tanta piedra y polvo, solo venían de vez en cuando algunos mochileros valientes, pero esos ponían las carpas en el bosque y casi no gastaban dinero en el pueblo. Que los turistas podrían ser nuestra salvación, pero que en estas condiciones no podíamos atraer a nadie.

Por último, dijo que, como todos sabemos, mucha gente del pueblo trabaja en el frigorífico que está a dos kilómetros de aquí. Que, según los rumores, las cosas le estaban yendo bastante mal. Y que, si el frigorífico cerraba, estaremos fritos. Así dijo: “Fritos”.